

Lutero, Conciencia Cautiva de la Palabra

— SU EPISTEMOLOGIA —

Jaime Pinzón Medina, Pbro.*

INTRODUCCION

El 18 de abril de 1521 pronunció Martín su famoso discurso ante la Dieta del Imperio Alemán reunida en Worms. Estaban presentes el Kaiser Carlos V, los legados imperiales, los príncipes electores, los legados romanos, el doctor Juan Eck, teólogo y orador de la Majestad Imperial, y el oficial mayor del arzobispo de Tréveris, quien condujo al interrogatorio y refutó al Reformador de acuerdo con la doctrina establecida. Martín concluyó su defensa con estas palabras:

Puesto que vuestra graciosísima majestad y vuestras señorías me

piden una respuesta, se la daré "sin cuernos ni dientes": A menos que se me convenza por testimonio de la Escritura o por razones —puesto que no creo en el papa ni en los concilios sólo, ya que está claro que se han equivocado con frecuencia y se han contradicho entre ellos mismos—, estoy encadenado por los textos escriturísticos que he citado y mi conciencia es una cautiva de la palabra de Dios. No puedo ni quiero retractarme en nada, porque no es seguro ni honesto actuar contra la propia conciencia. Que Dios me ayude. Amén (1).

* Magister en Teología, Universidad Javeriana, Bogotá; del Presbiterio de Manizales.

(1) LUTERO, *Discurso en la Dieta de Worms*, en "Lutero. Obras", edición preparada por Teófanos Egido, Sígueme, Salamanca, 1977, 175. En adelante, a no ser que se indique otra cosa, se citará esta edición.

“Encadenado por los textos escriturísticos” y “conciencia cautiva de la palabra de Dios”, tal fue la realidad del Doctor de Wittenberg y su talante teológico. Este artículo se propone examinar, así sea someramente, las raíces que determinan la absoluta soberanía de la Biblia sobre el espíritu de Lutero y explicitar las razones, causas y motivos por los cuales se explica que el padre de la Reforma haya llegado a abrazar el principio de la “sola Scriptura”.

Ciertamente Fray Martín había redactado antes de 1517 una serie de escritos exegéticos, lecciones profesoras para su labor de magisterio en la Universidad de Wittenberg: las Lecciones sobre el Salterio, el Comentario de la Epístola a los Romanos, el Comentario de la Epístola a los Gálatas y el Comentario de la carta a los Hebreos. Tamaña labor de investigación y enseñanza lo había familiarizado con los Libros Sagrados; más aún, lo había apasionado por la doctrina bíblica y por el mensaje evangélico.

A esto se añade la experiencia decisiva que cuenta en el Prólogo a la edición de sus “Obras completas” en latín, es decir, la experiencia del hallazgo de la doctrina acerca de la justificación por la fe, que le produjo fortísimo impacto espiritual, como él mismo lo reconoce:

Me sentí entonces un hombre renacido y vi que se me habían franqueado las compuertas del paraíso. La Escritura entera se me apareció con cara nueva (. . .)

Desde aquel instante, cuanto más intenso había sido mi odio anterior hacia la expresión “la justicia de Dios”, con tanto más amor comencé a exaltar esta palabra infinitamente dulce. Así, este pasaje de Pablo (Rm 1,17) en realidad fue mi puerta del cielo (2).

La doctrina de la justificación por la fe, como es sabido, constituye la piedra angular y la clave de bóveda de toda la teología de Lutero. Decisiva experiencia espiritual, vino a reforzar la orientación intelectual del Doctor de Wittenberg y terminó por ser una opción madura de su intelecto, el criterio y la norma que le sirve para juzgar cuantas opiniones, tesis y postulados teológicos salgan al paso.

Sin embargo los estudios escriturísticos de Martín y la nueva y poderosa luz que pudo arrojar sobre las páginas sagradas con la ayuda de su particular comprensión de la obra de Cristo, no bastan para formarse una idea cabal de las influencias que convergen en la epistemología teológica del Reformador. Hace falta, por lo tanto, analizar el conjunto de los factores que inciden en su teología —por lo menos desde el ángulo epistemológico— y tematizar lo que podría denominarse el universo noético del agustino wittenbergense.

Al tratar de seguir el hilo conductor de la evolución epistemológica de Lutero conviene advertir que esto no significa aceptar sus posiciones.

(2) LUTERO, *Obras*, 371.

1. LA TEORIA DEL CONOCIMIENTO EN LA BAJA ESCOLASTICA

La escolástica de los siglos XIV y XV es considerada por lo general como un período de decadencia. No obstante, varios problemas de interés filosófico fueron estudiados a fondo durante ese tramo de la historia, y si no se llegó propiamente a una crisis epistemológica, el sólido edificio del conocimiento sufrió agrietamientos de consideración. Dos figuras sobresalen: Guillermo de Ockham y Nicolás de Cusa (3).

Ockham se aparta de la enseñanza tomista según la cual la potencia creadora del intelecto es la causa eficiente del conocimiento mientras que la sensación es la causa material; para Ockham la sensación es causa eficiente del conocimiento humano. Niega todo universo anterior a las cosas y en las cosas mismas y con esto las categorías se hacen meramente subjetivas; así se tiende un puente que va de la metafísica al nominalismo. En el orden moral Ockham acentúa los rasgos individualistas y voluntaristas. Estas doctrinas influyeron en Gabriel Biel, maestro de Lutero, y el mismo Lutero se tenía a sí mismo como "discípulo de la escuela de Ockham".

Por su parte el Cardenal Cusano distingue entre la inteligencia y la razón: la primera deslinda las cosas

en tanto que la segunda hace coincidir los elementos opuestos. Propiamente hablando, el conocimiento es solo una conjetura y particularmente el conocimiento que tenemos acerca de Dios. a través de la razón llegamos a lo divino, aunque por un camino sin fin. La razón es la regla suprema del espíritu humano, pero en último término ella se rige por Dios. La "docta ignorantia" del Cusano es una teología "negativa" y mística.

Las nuevas ideas propuestas por los filósofos de la no muy bien llamada Escolástica Decadente, y de modo especial los postulados de Guillermo de Ockham y el pensamiento de Nicolás de Cusa, incidieron en la gestación de una epistemología que influyó más tarde en la teología de Martín Lutero.

Se entiende así que en su curso de Hermenéutica el profesor Alberto Parra, S.J., al explicar los principios históricos de la interpretación protestante del cristianismo, haya podido sintetizar el elemento cultural o intelectual de la siguiente manera:

La rígida sistematización del pensar con base en Aristóteles y la consiguiente estructuración bíblica y cristiano-filosófica hecha por Santo Tomás y por los tomistas, comenzó a sentirse como una pesada superestructura impuesta al cristianismo. El gran edificio comenzó a ser desmontado por el paso:

(3) Para este apartado, cf. Johannes HEIRSCHBERGER, *Historia de la Filosofía*, I, Herder, Barcelona, séptima edición ampliada, 1973, 433-460; cf. también, del mismo autor, *Breve historia de la filosofía*, Herder, Barcelona, séptima edición, 1977, 147-154.

- de los universales filosóficos aristotélicos, a lo particular, individual, concreto, experiencial;
- de los conceptos cerrados y definitivamente adquiridos, al nominalismo ametafísico;
- del “theo-centrismo” al humanismo y descubrimiento de los valores individuales (. . .);
- de las “sumas” a la lectura directa de la Escritura cuya difusión se ve favorecida por la reciente invención de la imprenta. Florece igualmente la lectura de los Santos Padres y especialmente de San Agustín, con base en el cual se desea instaurar un humanismo personalista (4).

2. EL RENACIMIENTO: HUMANISMO CULTURAL Y GRANDES DESCUBRIMIENTOS

El Renacimiento europeo se puede datar, tal vez un poco arbitrariamente, desde fines del siglo XIV hasta mediados del siglo XVI. Así, pues, el monje agustino de Wittenberg fue un hombre renacentista.

La cultura renacimiento significó en buena parte la vuelta a las fuentes clásicas grecorromanas y por este motivo implicó un cierto regreso hacia el paganismo. La razón y la fe, indisolublemente unidas en la obra teológica de Tomás de Aquino, se divorciaron ahora y la razón volvió por sus fueros. El Medioevo le había dado el primer puesto a la fe, como se simboliza en la cons-

trucción de las grandes catedrales góticas. Además el Sacro Imperio Romano-Germánico, vigente a lo largo de la Edad Media, implicó una cierta armonía (no siempre bien mantenida, por cierto) entre las dos potestades, la política y la eclesiástica. Pero con el Humanismo la razón se independiza de la fe y paralelamente las recientes nacionalidades europeas tratan de sacudir el yugo del Sacro Imperio. En realidad el Humanismo renacentista es un movimiento en persecución de la libertad individual y por esto choca inevitablemente con el espíritu de la cristiandad, con la mentalidad de la sociedad medieval. La rebeldía del Reformador se comprende mejor cuando se pone en relación con las ideas de esta nueva época.

Este período coincidió con el logro de importantes avances científicos y descubrimientos geográficos. La nueva ciencia está simbolizada por Galileo Galilei que arroja esferas de diferente peso desde lo alto de la Torre Inclinada de Pisa y comprueba el error del Maestro Aristóteles, quien afirmaba que llegarían primero al suelo las esferas más pesadas. Pero no solo Galileo pertenece a la Academia del Experimento sino que a ella ingresan Nicolás Copérnico con su sistema heliocéntrico, Juan Gutenberg con la invención de la imprenta, Paracelso y Vesalio con sus estudios de anatomía y cirugía, y otros sabios que constituyen la línea paralela de los artistas y pensadores de la época.

(4) PARRA, A., S.J., *Introducción a la Hermenéutica Teológica*. Apuntes de clase para el curso de 1981 en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá), tema 10: La Hermenéutica Protestante, Vida Histórica y Fe Ahistórica, pp. 4-5.

A los humanistas, científicos y artistas se agregan también los navegantes y expedicionarios que realizaron los grandes descubrimientos geográficos, los cartógrafos que levantaron mapas de las tierras encontradas allende los mares y los soldados que las conquistaron para España, Portugal, Francia, Holanda e Inglaterra. Casi súbitamente el mundo cambió de rostro y el hombre se halló literalmente en un "novus orbis". No debe entonces sorprendernos la osadía de Fray Martín Lutero y sus radicales planteamientos en el campo de la doctrina cristiana: todo ese orden de cosas preparó y fomentó la obra del Reformador (5).

En este contexto cabe preguntar si el refugio que Martín busca y encuentra en la fe se debe explicar por una especie de reticencia, incluso de pánico frente a cambios tan grandes del entorno y de la "cosmovisión", de la "Weltanschauung". La respuesta no puede, evidentemente, ser afirmativa. El agustino no se aferra a la fe por miedo a los cambios sino porque desconfía de la razón; mejor dicho, porque rechaza la filosofía de los escolásticos y sobre todo porque él quiere ser un auténtico creyente. Como tal, acoge la palabra revelada de Dios, adhiere a ella, le da el primer puesto, más aún, el único puesto en el conocimiento de la verdadera sabiduría que justifica y salva. Por consiguiente trueno contra la esco-

lástica y fulmina rayos y centellas contra los filosofastros a quienes se pudiera aplicar lo que el Apóstol dice de los "que en su injusticia aprisionan la verdad con la injusticia" (Rm 1,18) y "se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error" (Ef 4,14).

3. LA RAZON DESCALIFICADA

La postura antiescolástica de Lutero se manifiesta prácticamente en todos sus escritos, a lo largo y ancho de los cuales pone de presente la incapacidad de la razón para alcanzar las cosas de Dios, esa razón tan ensalzada por maestros que no poseen "verdadero conocimiento" (Rm 10,2), como diría el Apóstol San Pablo. Así lo expresa Martín en el Tratado sobre la indulgencia y la gracia (1518), en la Controversia de Heidelberg (1518), en la Cautividad babilónica de la Iglesia (1520) y, con especial énfasis, en el escrito tardío *Contra los 32 artículos de los teologastros de Lovaina* (1545).

A continuación se transcriben algunos de los textos más representativos en este sentido (6):

La filosofía no comprende nada de las cosas sobre Dios (Tabula Rasa).

(5) Todo lo relacionado con el Renacimiento puede consultarse, por ejemplo en la "Historia Universal en sus momentos cruciales", II, Aguilar, Madrid, 1970.

(6) Recogidos por A. Parra, p.c., 7-8.

Muchos filósofos y hombres de gran ingenio se han empeñado en la tentativa de expresar la naturaleza de Dios; y han escrito mucho a este propósito, los unos de un modo, los otros de otro; pero todos se han comportado como ciegos en su empresa, y absolutamente privados de discernimiento (Magnificat).

Ninguna ciencia humana ha sido capaz de concebir lo que Dios es en sí mismo o en su esencia íntima. Nadie puede conocerlo ni dar noticia sobre El, a no ser que le haya sido revelado por el Espíritu Santo (. . .) Dios está más allá de todo pensamiento humano, de toda humana comprensión o sabiduría (. . .) Cuando la razón presuntuosa se pone a resolver, enseñar o explicar estas cosas, el resultado es sin valor, lleno de oscuridad y de ilusión (Sermón de la Trinidad).

Por tanto, no es posible que el hombre con su razón y fuerza pueda subir al cielo (Comentario a Romanos).

Por qué esta absoluta insuficiencia, total incapacidad y radical inutilidad de la potencia intelectual del hombre en lo que se refiere a Dios? La posición del Doctor de Wittenberg se explica, además de las influencias señaladas anteriormente, por su particular concepción del pecado original:

Nosotros tenemos memoria, entendimiento y voluntad pero

completamente corrompidos y extremadamente debilitados; y, para hablar con claridad, completamente leprosos y sucios (. . .) la imagen de Dios en la que fue creado Adán, fue la más bella, la más excelente y noble de las obras, hasta que la lepra del pecado no golpeó su razón y su voluntad. Después de la caída, la muerte apareció como una lepra a través de todos los sentidos, de modo que ahora no podemos volver a alcanzar la comprensión de la imagen de Dios ni siquiera con el pensamiento (Comentario al Génesis) (7).

Tal parece que Martín tuviera delante de sus ojos el Libro Sagrado y estuviera interpretando al Apóstol en Rm 1,19-22:

En efecto, lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó; porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las creaturas. De manera que son inexcusables, por cuanto conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios.

Y en la Primera a los Corintios dice también Pablo:

Dónde está el sabio? Dónde el letrado? Dónde el disputador de

(7) Texto citado en Parra, o.c., 8.

las cosas de este mundo? No ha hecho Dios necesidad la sabiduría de este mundo? Pues por cuanto el mundo no conoció a Dios por la humana sabiduría (1,20-21). Hablamos, sin embargo, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que quedan desvanecidos: sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria; que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo (2,6-8a) pues el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas (2,14).

De hecho, la doctrina paulina es susceptible de prestarse a la hermenéutica luterana, al sesgo con que es leída por el teólogo de Wittenberg.

4. EL AUXILIO DE LO ALTO

Si "el hombre naturalmente no puede percibir las cosas del Espíritu de Dios" (1 Co 2,14), si la razón está "corrompida por la suciedad y la lepra" del pecado, es Dios el que tiene que inclinarse hacia el hombre para levantarlo de su postración, el que ha de adelantarse en la obra de la salvación, el que debe tomar la iniciativa por su libertad absoluta y por su infinita misericordia.

Ahora bien, Dios llega al hombre por su palabra: "Envío su palabra para curarlos, para salvarlos de la

perdición" (Sal 107 (V 106), 20). Por lo cual escribe el Apóstol: "De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos" (1 Co 1,21-23).

Se entiende entonces que el de Wittenberg haya podido escribir:

Si el hombre quiere tratar con Dios y recibir algo de El, debe proceder de este modo: no debe el hombre poner la primera piedra, sino solo Dios independientemente de la súplica o solicitud del hombre; Dios es quien debe hacer la promesa. La palabra de Dios es el comienzo, el fundamento, la roca sobre la cual se levantan las obras, las palabras, los pensamientos del hombre; y este debe aceptarla con reconocimiento y debe creer con confianza (fiducialiter) en la divina promesa y nunca dudar de que se cumplirá lo que se le ha prometido. Esta fe y confianza es el principio, la mitad y el fin de toda obra de justificación (. . .) Por tanto, no es posible que el hombre con su razón y su fuerza pueda subir al cielo, preceder a Dios o inducirlo a ser misericordioso; al contrario: Dios precede todas las obras y pensamientos que el hombre debe acoger y conservar con fe buena y segura (Comentario a Romanos) (8).

(8) Citado por Parra, o.c., 8-9.

5. LA ADMIRABLE Y PODEROSA PALABRA DE DIOS

Con la expresión "palabra de Dios" se alude generalmente a tres realidades divinas formalmente distintas: en primer lugar, la Palabra de Dios es su amado Hijo que se nos ha manifestado; en este sentido se lee en Jn 1,14: "Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad". También en Heb 1, 1-2 se dice: "Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo".

Este último texto conduce al segundo significado de la expresión: la palabra de Dios viene a ser lo mismo que la revelación "pasiva" (por oposición a la revelación "activa" que es el acto mismo revelador), lo revelado por El, el pensamiento de Dios, las verdades divinas, el contenido de la doctrina cristiana. San Pablo alude a ello en Rm 11, 33-34, y en la Primera a los Corintios agrega:

enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria (. . .) Dios nos lo ha revelado por su Espíritu, que el Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios (. . .) Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que

conozcamos los dones que Dios nos ha concedido. De éstos os hemos hablado, y no con estudiadas palabras de humana sabiduría, sino con palabras aprendidas del Espíritu (. . .) Porque, quién conoció la mente del Señor, para poder enseñarle? Mas nosotros poseemos el pensamiento de Cristo (1 Co 2,7.10.12-13.16).

Finalmente, la expresión tiene un tercer sentido. Esta tercera acepción designa la Escritura, la Biblia, los libros inspirados por el Espíritu Santo y que tienen a Dios por autor principal. Por esto, en la lectura litúrgica de los Libros Santos se dice al terminar: "palabra de Dios"; y en esta doxología quedan compendiados los tres significados que acabamos de exponer: es palabra de Dios porque se trata de un libro sagrado, inspirado por Dios; es palabra de Dios porque transmite la enseñanza divina, el plan salvífico, el designio eterno de Dios y lo da a conocer; es palabra de Dios porque Cristo "está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla (. . .) En efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio" (9).

Parece posible detectar, mediante un análisis cuidadoso y detallado, estos tres significados distintos de la expresión "palabra de Dios" en los escritos de Martín Lutero. Significados distintos, formalmente diversos, pero no separables en forma absoluta ("distinguir para unir" decía

(9) CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia "Sacrosanctum Concilium", 7 y 33.

Maritain), ya que entre los mismos se establecen profundas conexiones. De todos modos esta expresión la aplica Martín para referirse particularmente a la doctrina salvífica revelada por Dios y contenida en la Biblia.

6. MARAVILLAS DE LA PALABRA DIVINA

En la enmarañada selva de sus obras y concretamente en los llamados Escritos Polémicos y Escritos de Reforma, Martín alaba la palabra de Dios y habla extensamente de ella. Así en *La cautividad babilónica de la Iglesia*:

Su corazón será maravillosamente confortado, se animará su esperanza en la misericordia, si tiene en cuenta que la promesa que le ha hecho un Dios que no puede engañar perdura íntegra, inmutada e inmutable a pesar de cualquier pecado (. . .) Esta verdad de Dios será la que le salve; aunque todo se derrumbe, no le abandonarán estas credenciales. Con esta promesa podrá hacer frente al enemigo insolente, podrá combatir los pecados turbadores de su conciencia, en ella tendrá la respuesta al horror que le inspiran la muerte y el juicio, y ella, en fin, será su consuelo en medio de todas las tentaciones. Tiene que acogerse a esta verdad única (10).

Esta "verdad única" que es la palabra divina, contiene amenazas y promesas: la verdad de la amenaza es causa de la contrición porque al abrasar a los impíos "hace temblar, aterra y golpea la conciencia"; la verdad de la promesa, por su parte, levanta la conciencia, la consuela y la conserva contrita (11).

En *La libertad del cristiano* (1520) diserta Martín a espacio acerca de la necesidad que el hombre tiene de recibir la palabra de Dios. Dice:

Lo único que en el cielo y en la tierra da vida al alma por lo que es justa, libre y cristiana, es el santo evangelio, palabra de Dios predicada por Cristo (. . .) Debemos tener, por tanto, la certeza de que el alma puede prescindir de todo menos de la palabra de Dios, lo único capaz de ayudarla. Nada más necesita si posee la palabra de Dios; en ella encuentra toda satisfacción, comida, gozo, paz, luz, inteligencia, justicia, verdad, sabiduría, libertad y todos los bienes en sobreabundancia (. . .) Por eso la única obra, el ejercicio único de todos los cristianos debiera cifrarse en grabar bien hondo en sí mismo a Cristo y a la palabra (12).

Pero la palabra de Dios, consignada en los Libros Santos, se compone de dos elementos: preceptos y promesas. Antes había dicho Lute-

(10) LUTERO, *Obras*, 113.

(11) *Ib.*, 128-129.

(12) *Ib.*, 158.

ro que la palabra divina se divide en amenazas y promesas; ahora habla más bien de preceptos y promesas, elementos que tienen su propia función salvífica y su propia finalidad:

Cuando el hombre, en fuerza de los preceptos, ha advertido su impotencia y se ha encontrado con ella, cuando se siente angustiado por la forma en que puede cumplir los mandamientos —porque o se cumplen o se condena uno—, es cuando de verdad se ha humillado, se ha aniquilado ante sus propios ojos, no encuentra nada dentro de sí que le pueda salvar. Este es el momento en que adviene la segunda clase de palabras, la promesa y la oferta divina que dice: “Quieres cumplir todos los mandamientos, verte libre de la concupiscencia y de los pecados a tenor de lo exigido por la ley? Pues mira: Cree en Cristo; en él te ofrezco toda gracia, justificación, paz y libertad; si crees lo poseerás si no lo crees no lo tendrás. Porque lo que te resulta imposible a base de las obras y preceptos —tantos y tan inútiles— te será accesible con facilidad y en poco tiempo a base de fe. He compendiado todas las cosas en la fe para que quien la posea sea dueño de todo y se salve; el que no la tenga, nada tendrá” (13).

7. ACCESO A LA PALABRA

Hasta aquí se ha podido ver cuál es la palabra de Dios, dónde se en-

cuentra, cuáles son sus partes integrantes, cuán grandes y poderosos son sus efectos en el creyente y qué indispensable resulta ella para el cristiano. Ahora, en El “Magnificat” traducido y comentado (1520-1521), el exegeta de Wittenberg muestra la forma y vía de acceso a esa santa palabra:

Porque es imposible entender correctamente la palabra de Dios si no es por mediación del Espíritu Santo. Ahora bien, nadie puede poseer esta gracia del Espíritu Santo, si no es quien la experimenta, la prueba, la siente. Y es en esta experiencia en la que el Espíritu Santo enseña, como en su escuela más adecuada; fuera de ella nada se aprende que no sea apariencia, palabra hueca y charlatanería (. . .)

Esto es lo que exactamente sucede con quienes han gustado la dulzura y el Espíritu de Dios: sienten más de lo que les es posible expresar, puesto que el alabar gozosamente a Dios no es obra humana, sino una pasión alegre, una operación divina inefable, solo cognoscible desde la experiencia personal, como dice David en el Salmo 33: “Gustad y ved qué bueno es el Señor; dichoso el hombre que a él se confía”. En primer lugar se habla de gustar, y después viene el ver, por la sencilla razón de que no es posible llegar a este conocimiento sin la experiencia y la sensación peculiares que sólo puede alcanzar quien, en lo profundo de su indigencia, confía en Dios de

(13) Ib., 159-160.

todo corazón. Por este motivo se añade en seguida: "Dichoso el hombre que confía en Dios", porque entonces este hombre experimentará dentro de sí la obra de Dios y de esta forma llegará a esa dulzura sensible y, a través de ella, a la comprensión e inteligencia completas (14).

Lutero introduce una distinción que más adelante, en este trabajo, se ampliará un poco. Se trata de la distinción entre la Escritura, por una parte, y la palabra de Dios, por otra. Es una distinción, no una separación rotunda ("distinguir para unir"). En efecto, repite con toda claridad, en La "misa alemana" y la ordenación del servicio divino (1526), que los sencillos y los jóvenes han de ejercitarse e instruirse a diario "en la Escritura y en la palabra de Dios" (15). Y así es, porque la palabra de Dios nos llega por medio de la Escritura, y mediante esta alcanzamos aquella.

En los artículos de Schmalkalda (1537-1538), sin lugar a dudas la más cabal confesión de su fe, el monje sajón establece en forma tajante que el evangelio es la palabra externa de Dios. Mantiene firmemente esta tesis contra los iluministas o "iluminados":

En lo referente a la palabra hablada, exterior, hay que mantenerse fuertes en afirmar que la única forma en que Dios otorga su Espíritu o gracia es por medio de o con la palabra externa pre-

via (. . .) Esto (el "iluminismo") no es otra cosa que el viejo diablo, la antigua serpiente que convirtió a Adán y a Eva en "iluminados", cuando los condujo de la palabra externa de Dios a la "iluminación espiritual" y a fantasías propias. (Lo bueno del caso es que esto lo hizo también con palabras externas). Lo más curioso es que nuestros "iluminados" condenan la palabra exterior, pero ellos no se callan: aborrotan al mundo con su palabrería y con sus escritos, como si el Espíritu no pudiera comunicarse a través de la Sagrada Escritura o por las palabras de los apóstoles (. . .) Porque lo más curioso es que pretenden que les ha advenido independientemente de la predicación de la Sagrada Escritura (. . .)

En pocas palabras: que el "iluminismo" está incrustado en Adán y en sus descendientes, desde el principio hasta el fin del mundo. Es el legado del antiguo dragón, es un veneno inyectado, y el origen, la fuerza y la potencia de todas las herejías, incluso del papado y de Mahoma. Por eso tenemos nosotros la obligación de defender que Dios se relaciona con nosotros, los hombres, sólo a través de la expresión de su palabra y del sacramento. Todo lo que se dice "espíritu" independientemente de esta palabra y de este sacramento, no es más que un demonio. Dios quiso aparecer a Moisés en primer lugar a través de la zarza ardiente y de

(14) Ib., 177, 180.

(15) Ib., 280.

su palabra hablada; ningún profeta, ni Elías ni Eliseo, recibieron el Espíritu al margen de los diez mandamientos o prescindiendo de ellos. Tampoco Juan el Bautista fue concebido antes de las palabras previas de Gabriel, ni saltó en el vientre de su madre antes de haber escuchado la voz de María" (16).

Finalmente, en el panfleto *Contra los 32 artículos de los teólogos de Lovaina* (1545), escrito en el último año de su vida, el fraile agustino de Wittenberg declara:

1. *Es impío y engañoso todo lo que en la Iglesia de Dios se enseña sin contar con el apoyo de la palabra.*
2. *Es impío y herético establecerlo como artículo de fe.*
3. *Si alguno lo cree es un idólatra, y está rindiendo culto al diablo en lugar de rendírselo a Dios;*
4. *porque San Pablo ha sentenciado que las doctrinas de los hombres están en pugna con las de Dios* (17).

Y después de afirmar que los doctores escolásticos de Lovaina han rechazado las Escrituras y se han tomado por su cuenta licencia para convertir en dogmas los sueños y vanidades humanas, de modo que ya no tienen medida ni fin sus artículos de fe, añade:

Aprende, por tanto, hermano cristiano, por este ejemplo misérrimo de los de Lovaina, a desconfiar de la doctrina de los hombres y a atender con más diligencia a las Sagradas Escrituras" (18).

8. PALABRA DE DIOS Y SAGRADA ESCRITURA

Se advirtió antes en este trabajo que Lutero distingue entre la palabra de Dios y la Sagrada Escritura, entre la revelación divina y la Santa Biblia. La Escritura tiene un objeto y este objeto es el que juzga a la Escritura. Martín Lutero planteó el principio fundamental de una crítica a la Escritura en nombre de la palabra de Dios. Negaba la identificación pura y simple entre Escritura y revelación divina diciendo que la Escritura es como la canastilla de mimbre que encerraba al niño Moisés, y agregando que no se ha de confundir a Moisés con su canastilla. En definitiva,

Es Cristo quien es Señor de la Escritura y de todas sus obras, y esta es la razón de que no me preocupe de los textos escritos, incluso aunque me encontrara seiscientos textos en favor de la justicia de las obras contra la justicia de la fe. . . Te cedo esta esclavitud, porque yo predico al Señor que es el Rey de la

(16) *Ib.*, 353-354.

(17) *Ib.*, 359.

(18) *Ib.*, 363; cf. 362.

Escritura, y solo a El pertenezco fiel; te ofrezco, sin embargo, las obras que, por otra parte, tú jamás has llevado a cabo (. . .)

Lo que no enseña a Cristo no es apostólico, aunque sean Pedro o Pablo quienes lo enseñen; por el contrario, quien predique a Cristo es apostólico, aunque sean Judas, Anás o Herodes quienes lo prediquen (19).

9. EL CANON BIBLICO DE LUTERO

El principio hermenéutico que acaba de explicarse, criterio de fe, regla de selección y norma última de Martín, lo lleva a hacer una crítica dentro del canon de la Biblia y más que todo del Nuevo Testamento, pues Martín

no atribuía igual valor a todos los libros del Nuevo (y Antiguo) Testamento: tenía una predilección especial por la carta a los Romanos y a los Gálatas al lado del Evangelio de Juan, y puso a los demás libros al margen del Canon: la epístola a los Hebreos, la de Judas, Santiago, la 1a. de Pedro y el Apocalipsis de Juan (. . .) Lutero las rechazó esgrimiendo también argumentos históricos, pero su crítica está fun-

damentalmente basada en motivos dogmático-religiosos. Sus tiros críticos están menos encaminados a una crítica al Canon, son más bien una crítica en el Canon. No expulsa estos cinco libros, a que hemos aludido, del Canon, sino que los pone completamente al final de sus ediciones de la Biblia: distingue, en consecuencia, dentro del Canon tradicional tres grupos de escritos, que podríamos denominar, según las consideraciones que personalmente le merecen a él: privilegiados, ordinarios, postergados (20).

El ángulo de referencia de Martín es, pues, la experiencia existencial de Cristo, su vivencia de la gracia de la justificación: "la verdadera piedra de toque para todos los libros es ver si mueven hacia Cristo o no", decía el fraile doctor. Esto es lo que explica que llame a Gálatas "mi epístola", que minusvalore los tres primeros evangelios (los Sinópticos), que minusvalore así mismo a Hebreos, Judas y Segunda de Pedro y que rechace del todo la Carta de Santiago y el Apocalipsis. Martín encuentra ese punto de mira o clave de la Biblia en esta afirmación de la Epístola a los Romanos: "el justo vivirá por la fe" (Rm 1,17) (21).

(19) Palabras del Reformador citadas por Roger MEHL, **La teología protestante**, Taurus, Madrid, 1969, 25. La distinción entre Escritura y palabra de Dios puede consultarse en el libro de Peter LENGSELD, **Tradicón, Escritura e Iglesia en el diálogo ecuménico**, Fax, Madrid, 1967, 249-251.

(20) P. LENGSELD, o.c., 99.

(21) Es la discutida "experiencia de la torre" que Lutero narra al final del **Prólogo a la edición de sus "Obras completas" en latín**, cf. la edición de Egido, 370-371.

La Biblia entonces contiene la palabra de Dios pero no es, en sí misma, palabra de Dios. Se transforma en palabra cuando está iluminada por su propio centro, que es la persona de Cristo. Existen, por lo tanto, pero solamente Aquel sobre quien convergen todos los testimonios bíblicos, Cristo, puede llevar a cabo esta discriminación o selección y servir de perspectiva de los textos bíblicos. La teología de Martín Lutero, lejos de considerar que la Biblia es una especie de código o letra muerta, tiene frente a ella una consideración crítica y la interpreta conforme a la "analogía de la fe" (Rm 12,6); la fe, al tener como objeto a Cristo, está capacitada para establecer una jerarquía de los textos escriturísticos.

CONCLUSION

Como se dijo al principio del presente trabajo, se trataba de examinar brevemente los fundamentos epistemológicos de la teología de Lutero, las bases teóricas que dan razón de su teología y que son como el soporte de la misma. Se ha intentado esclarecer el camino que llevó a Martín a abrazar con exclusividad el principio escriturario.

Hubiera podido procederse de manera diferente, por ejemplo, polemizando contra la doctrina del Reformador, comparándola con la enseñanza católica actual (explicitada en la Constitución dogmática sobre la divina revelación, "Dei

Verbum", del Concilio Vaticano II); hubiera podido también abrirse a una perspectiva de diálogo ecuménico o tratar de iluminar desde las posiciones protestatarias del Doctor de Wittenberg la situación de América Latina y el quehacer de los teólogos en este continente. Pero tal vez todos esos aspectos requieren el sostén previo que consiste en la profundización del pensamiento de Lutero y en la explicitación de sus orígenes epistemológicos.

El título del trabajo habla de Martín Lutero, conciencia cautiva de la palabra de Dios. Ese fue precisamente el resultado de su camino teológico y de su proceso epistemológico; allá desembocó y quizás no pudo no haber terminado en ese dulce y consolador "cautiverio". "El fraile hambriento de Dios" (así lo llama el Padre García Villoslada en el primer tomo de su excelente biografía) lo ha confesado paladinamente:

Dios mismo ha dado con la solución: él, que puede cumplir lo que promete, a pesar de que nadie lo comprenda hasta que sucede; por eso, su palabra y su obra no están encadenadas a la razón y exigen una fe libre y pura (22).

Esa divina palabra "no está encadenada" (2 Tm 2,9); por el contrario, tiende a regir las conciencias y choca invariablemente contra toda doctrina humana que se le oponga, produciendo estos resultados incon-

(22) LUTERO, El "Magnificat" traducido y comentado, en o.c., 204.

trovertibles: “la única paz de la conciencia es la fe, la incredulidad su único tormento” (23).

Al terminar esta investigación es bueno poner de presente otra vez que en ella no está implicado el deseo de darle a Lutero la razón en todo lo que enseña; el interés pri-

mordial ha sido más bien acercarse con admiración al inmenso exegeta de la Escritura, tratar de comprender al agudo teólogo y aprender lo positivo de esa genial figura (como reza la inscripción al pie de un retrato suyo de 1520): la del Doctor Martín Lutero, agustino wittenbergense.

(23) LUTERO, *La cautividad babilónica de la Iglesia*: o.c., 111; cf. *Derecho de la comunidad a elegir a sus predicadores*: o.c., 207.